

UBÚ, REX ARAGONUM

*Nous ne trouvons pas honorable de
construire des pièces historiques.*

Alfred Jarry.

El reinado de Ubú I de Aragón, tan pródigo en sucesos extraordinarios, ha sido lamentablemente silenciado por la mayoría de los historiadores. Ni las Crónicas ni los Anales registran la existencia del reinado ubuesco. Pero el silencio de cronistas e historiadores no debe interpretarse como la prueba de una inexistencia, sino más bien como un olvido deliberado. Sobre Ubú I ha caído una *damnatio memoriae*, tan implacable como la que fulminó a algunos emperadores romanos. Un autor moderno, Alfred Jarry, estrenó en 1896 un conocido drama en cinco actos, *Ubu roi*. En la obra, Ubú se llama a sí mismo *ancien roi d'Aragon*, añadiendo que durante su reinado usó una *grande capeline*, robada imprudentemente por los españoles (*sic*). Datos a todas luces insuficientes para reconstruir la materia ubuesca.

Sin embargo, y gracias al testimonio de Mendacium, cronista y protonotario de Ubú I, conocemos las gestas de su reinado. Mendacium ha pasado a la historiografía como un mistificador. Es cierto que sus noticias no siempre son fidedignas, y que urde falsas genealogías, mezcla a su antojo datos procedentes de distintos reinados, y suele interpretar los documentos *pro domo sua*. Despreocupado por las fechas y, en general, por las precisiones históricas, Mendacium abunda en las anfibologías y los retruécanos. Su estilo literario oscila entre la gravedad de Cornelio Tácito y el gracejo de Francesillo de Zúñiga. Por otra parte, no olvidemos que el destino de Mendacium quedó para siempre ligado al de Ubú, y que la deposición del antiguo Rey de Aragón desencadenó la inmediata caída en desgracia de su cronista. Aún así, la obra de Mendacium es la única fuente histórica que nos depara información sobre el reinado ubuesco.

Hay constancia de que Mendacium compuso, entre otras, dos grandes obras, la *Chronica Ubuesca* y el *Centón de Mendacidades*. Ambas quedaron inéditas a la muerte de Mendacium, siendo adquiridas en pública almoneda, junto con sus demás bienes, por un personaje mal identificado, Petrus Cacus, quien no halló el menor reparo en publicar la *Chronica* como propia en Lyon. El libro conoció un moderado éxito editorial, pero un erudito bilbilitano, Speculator Cuculus, denunció el plagio, atribuyendo la autoría a Mendacium. El Consejo Real ordenó entonces la retirada de la edición, de la que se conservan muy escasos ejemplares. Por fortuna, uno de ellos ha llegado a nuestras manos. Si

hemos de dar crédito al *ex libris*, procede de la desaparecida biblioteca de don Vicencio Juan de Lastanosa, “Cauallero Infançon, Ciudadano de Huesca y Señor de Figaruelas”.

Leamos la *Crónica Ubuesca*. Sostiene Mendacium que, a la muerte de Jacobo IV, se abrió un segundo Interregno aragonés, derivado de la falta de descendencia legítima del monarca difunto, a quien sorprendió la muerte antes de designar heredero. Para conjurar peligros, el Regente don Fadrique ordenó ejecutar a la legión de bastardos que había engendrado el rijoso Jacobo, dispersos por las fragosidades del reino. No obstante, uno de ellos, Duarte de Aragón, logró escapar de la degollina, refugiándose con sus secuaces en la Montaña, donde se hizo fuerte gracias al apoyo de los belicosos lugareños.

Para dirimir el pleito dinástico, el reino acordó nombrar a doce compromisarios, personas temerosas de Dios, quienes a su vez debían elegir nuevo rey. Por entonces sólo había dos pretendientes a la sucesión real: el propio Regente, un viejo crapuloso, tío del monarca fallecido, y el conde don Teobaldo, su sobrino por línea femenina, un joven más aficionado a la cetrería que a las tareas de gobierno. En cuanto a don Duarte, quedó excluido *ab initio* de la sucesión por su origen ilegítimo. Un minuto antes de que expirase el plazo, se presentó ante la ventanilla de la Cancillería la inesperada candidatura de Ubú. No siendo pariente próximo del monarca difunto, ni perteneciendo a ninguna dinastía reinante en Europa, decidió presentar como único mérito su *Hoja de Servicios*, un pergamino arrugado y maloliente, decorado con restos grasientos de comida y otras excrecencias que nos abstendremos de consignar. Según se desprende de la Hoja de de Servicios, transcrita y glosada por Mendacium, Ubú había servido al mismo tiempo al Sacro Imperio Romano Germánico y a la Sublime Puerta. Su táctica militar consistía en cambiar de bando en medio del fragor del combate, abandonando el servicio del Emperador para seguir el del Sultán, o viceversa. Tales maniobras siempre lograban su objetivo estratégico, la derrota del enemigo. Tanto el Emperador como el Sultán habían premiado adecuadamente los heroicos servicios de Ubú, reduciéndole a prisión en las mazmorras de Viena o de Estambul; pero ninguno de los dos soberanos había renunciado definitivamente a contratarle, quizá, según sospecha Mendacium, por miedo a la Madre Ubú, fiel compañera del condotiero, quien había jurado destruir, a sangre y fuego, el Sacro Imperio y la Sublime Puerta, si dejaban cesante a su marido.

Los diez compromisarios decidieron reunirse en un lugar secreto, con la intención de obviar coacciones y sobornos. Pero nada podía escapar a la sagacidad de la Madre Ubú, quien, gracias a una tupida red de espionaje, logró averiguar dónde había de celebrarse el cónclave. Disfrazada de buhonera, se presentó en el lugar elegido, un castillo en medio del desierto. Mendacium no informa sobre los medios de que se valió la ingeniosa Madre Ubú para persuadir a los compromisarios de que votaran a su marido, pero nuestro autor sugiere los más siniestros, desde la seducción amorosa a la amenaza de descerebración.

Como no podía ser menos, la votación final arrojó un resultado abrumadoramente favorable a la candidatura de Ubú, quien fue proclamado Rey de Aragón. En cuanto Fadrique y Teobaldo conocieron la ominosa noticia, decidieron poner pies en polvorosa.

En la ceremonia de la coronación, precedida de un solemne *Tedeum*, y una parada militar, Ubú I compareció vestido con una capellina forrada de armiño, tan larga, que estuvo a punto de tropezar con sus pliegues y rodar por el suelo. Luego, en el banquete, devoró cuantas viandas le pusieron sobre la mesa, arrebatando incluso las que servían a la Madre Ubú, a Mendacium y a los demás oficiales palatinos.

Ubú era reputado en Aragón como un soldado de fortuna, un aventurero. De ahí que su elección provocara la enemiga de buena parte de la nobleza, acaudillada por tres ricos hombres, a saber, don Juan de Avilar, don Pedro de Morilla y don Guzmán Álvarez. Tras negarse a prestar juramento de fidelidad al nuevo monarca, los nobles decidieron huir a la Montaña y apoyar las pretensiones al trono de don Duarte. En el camino les salió al encuentro una hueste de mercenarios reclutados por la Madre Ubú, a quienes había prometido ceder los bienes que se confiscaran a los rebeldes. La batalla se saldó con la derrota de los nobles. Alviar, Morilla y Álvarez fueron invitados a optar entre un ameno viaje a Huesca, para admirar la célebre campana y luego ser degollados *in situ*, y una no menos amena excursión a Peñalén, donde morirían despeñados en el barranco del Rey Sancho de Navarra. Los tres nobles decidieron que la decapitación en Huesca era más apropiada a su calidad que el despeñamiento en Peñalén. Muy enojado, Ubú ordenó que los ricos hombres fueran conducidos a Peñalén bajo fuerte escolta, y precipitados al vacío.

Como fuese necesario asegurar la continuidad de la dinastía con el nacimiento de un heredero, el reino, junto en Cortes, pidió al rey que repudiase cuanto antes a la vieja Madre Ubú, y escogiera nueva mujer entre las jóvenes casaderas de la realeza europea. Para desembarazarse de la reina consorte, algún astuto consejero áulico (probablemente, el mismo Mendacium), descubrió un lejano parentesco entre Ubú I y la Madre Ubú, de suerte que el matrimonio podía reputarse nulo, al no haber mediado dispensa papal. Humillada y ofendida, la Madre Ubú recorrió media Europa hasta detenerse en Karlovy Vary, donde recibió una cura de aguas salutíferas.

La esposa elegida por el Rey de Aragón fue Violante de Bohemia, cuyas formas rubensianas evocaban la inconfundible figura de la Madre Ubú. En nota a pie de página, Mendacium sostiene que Violante era natural de Karlovy Vary, coincidencia simbólica que le induce a formular hipótesis conspiratorias. En cualquier caso, la experiencia demostró que no fue una elección afortunada. En cuanto la joven Violante contempló al Rey Ubú, se dijo a sí misma que jamás yacería en la cama con semejante saco de inmundicias. La nueva reina, que durmió siempre en habitaciones separadas y distantes de las que albergaban a su

regio cónyuge, terminó ofreciendo sus dudosos encantos al Capitán Escosura, de la Guardia Real Ubuesca.

La ausencia de la Madre Ubú resultó fatal para Ubú I. Privado del consejo de su fiel compañera, el Rey de Aragón abandonó el gobierno en manos del Capitán Escosura, para consagrarse a la pitanza y la phinanza, arrebatando sin miramiento alguno la vida, la honra y los bienes de sus vasallos. Cuenta Mendacium que por las noches se le veía recorrer insomne la logia alta de palacio, cubierto sólo con su gran capellina forrada de armiño.

Mientras tanto, en la Montaña, don Duarte había convocado una junta de teólogos y juristas, para que deliberasen sobre los crímenes del Rey Ubú. La junta declaró usurpador al Rey y emitió un dictamen favorable a la licitud del tiranicidio. Convencido de la santidad de su propósito, Duarte reunió un ejército de gascones y emprendió la marcha hacia la capital del reino, Cesaraugusta. Como Ubú tuviera noticia del avance enemigo, se apresuró a abandonar la Corte, encomendando al Capitán Escosura su defensa numantina. Sin embargo, apenas llegado el ejército de Duarte a las puertas de Cesaraugusta, Escosura negoció ventajosamente la entrega de la plaza. Medacium cuenta que Ubú fue apresado camino de los Pirineos, cuando intentaba huir a Francia, llevando consigo su gran capellina y el tesoro real. Aunque Duarte quería imponer a Ubú la pena de muerte, Escosura le convenció de que mostrase magnanimidad con el Rey destronado. Don Duarte accedió a perdonarle la vida, limitándose a despojar públicamente a Ubú de su gran capellina y a deportarle a una ínsula. Careciendo el reino de salida al mar y, por ende, de islas que merecieran tal nombre, se acordó deportarle a Trinacria, perteneciente a los dominios del Rey de Aragón.

Una brumosa mañana de febrero, mientras Ubú se quejaba de su amarga suerte en la playa, fiando lastimeros ayes a las ondas, vio acercarse a la orilla un esquife tripulado por una extraña figura. El antiguo Rey de Aragón creyó llegada su hora:

—¿Vienes por mí, Caronte? No me queda phinanza para pagarte el óbolo. ¡Qué desgracia!

Sin duda, sus ojos, anegados en tristes lágrimas, no habían reconocido a la misteriosa barquera, una gorda y andrajosa mujer.

—Anda, sube —dijo la Madre Ubú.

—¿Adónde vamos, señora?

—A Ninguna Parte. Quiero decir, a Polonia.

—Ah, no, cuernoempanza, en Polonia hace demasiado frío para nuestra delicada persona.

—No te preocupes, Padre Ubú, te bordaré una capellina tan grande como tu estupidez.